

MARTIN VILLA

UN MINISTRO DE FABULA

Es probablemente el ministro peor vestido. A su cargo de *hombre duro* añade la extraña circunstancia de haberse subido a los veinticuatro años a un coche oficial del que no se ha apeado aún. Martín Villa no es un triunfador. Parece más un riguroso ahorrador o un pertinaz quinielista. Su vida termina pareciendo la fábula del niño de la Operación Plus Ultra que se convierte en ministro

Texto: Rosa Montero / Fotos: Chema Conesa

Don Rodolfo Martín Villa tiene nombre de galán de opereta y apariencia de opositor empollón y resistente. No es alto y su gordura es engañosa: pertenece a ese género de hombres que no parecen decidirse a ser ni gruesos ni delgados y que terminan desconcertando al personal con unas carnes que, pese a su abundancia, se obstinan en pasar inadvertidas. En realidad puede ser ésta, la indefinición, su principal característica. Indefinidas son sus gafas, de montura de pasta más bien rosácea, indefinidos sus escasos ademanes, y su voz es átona y lineal, y su mirada inexpresiva y de difícil recuerdo, y es incierto su flequillo, como lamido hacia un lado sin contemplaciones. Es indeciso incluso hasta en la forma de sentarse, a medio camino de la comodidad y la embestida, que Martín Villa tiene como truncada la cerviz y cada día parece inclinar más la rotunda cabeza, como si de tanto empujarla con los hombros a modo de arriete para arremeter contra los problemas cotidianos se hubiera quedado escorado de perpetuo, como quien anda contra el viento, como alguien que busca sin descanso un objeto caído al suelo. Viste con corrección pero sin mimo, y su aspecto parece el resultante de una antigua decisión, como si un día Martín Villa se hubiera parado ante un espejo y, tras pegarse el flequillo sobre la sien derecha y subirse las tafas con dedo acostumbrado, se hubiera dicho: «Lo que es en cuanto a lo físico yo ya no puedo hacer más, ahí te quedas», para desentenderse de sí mismo a partir de entonces y dedicar sus esfuerzos a otras lides.

—Yo lo que creo ser es bastante congruente entre mi vida personal y la política. Es decir, que no tengo que forzarme ni para hablar en público, ni para moverme en el Parlamento, en el Gobierno, en la Administración, en el despacho, no me tengo que forzar nunca, y aunque acepto las discusiones y las críticas estoy convencido de todo lo que digo. Y cuando tengo que ser discreto lo que hago es que no hablo, pero no engaño prácticamente nunca.

Y tú te das cuenta de que debe ser cierto que Martín Villa no se fuerza en su imagen pública,



que no desperdicia energías en resultar brillante. En realidad, en su monotonía como orador tiene un arma poderosa, que es hombre capaz de abrumar al contrario con contestaciones densas e interminables, desgranadas con tal compleja morosidad que el oyente termina por arrojar la toalla, perdido el hilo ya de la respuesta. Y como muestra de esta diabólica habilidad baste con la reproducción textual de alguna de sus frases, que Martín Villa dice, por ejemplo, «por otro lado pienso con independencia de que comprendo que cuando se analiza en cuestiones concretas, realmente se puede pensar que a lo mejor pues tengo en contra a mucha gente» y cosas semejantes, por lo que

procuraré condensar la transcripción de sus palabras. En esto, el ministro del Interior es como la representación viva de la resistencia pasiva, triunfa por agotamiento de los demás.

Es entonces, cuando ya te ha quebrantado lo suficiente, cuando empiezas a comprender que su supuesta indefinición es tan sólo una apariencia, que bajo ella está la compacta realidad de un Martín Villa metódico e imparable, especie de tanqueta política que sólo se preocupa de avanzar sin perder el tiempo en pulir la chapa externa. Lo cierto es que ha avanzado mucho desde que nació, hace 44 años, en Santa María del Páramo (León), hijo de un ferroviario. Tenía tres hermanos, «una murió de parto hace muchos años, otro es diputado de UCD», y una situación familiar económicamente dura. Gracias a una beca sindical estudió en los agustinos, y hay quien dice que, ya entonces, quería ser alcalde de su pueblo: «Eso dicen, pero yo no lo he dicho nunca.» Y piensa Martín Villa que en su infancia era difícil tener aspiraciones, «porque yo creo que en la etapa en la que uno era pequeño las circunstancias eran difíciles para imaginarse demasiadas cosas, realmente yo he tenido una vida familiar que, hombre, con sobrevivir y salir adelante era bastante, quizás lo único que aspiraba era ver cómo podía ir uno saliendo hacia adelante».

Y fue saliendo hacia adelante con gran precocidad, por otra parte. Estudió Ingeniería Industrial en Madrid, vivió sus euforias juveniles en el Colegio Mayor Santa María, donde trabó amistad con Sancho Rof, Mariano Nicolás, Ortí Bordás, Gabriel Cisneros, Juan José Rosón..., todos sevistas, como él mismo, que ya en 1958, es decir, con apenas veinticuatro años, Martín Villa fue nombrado jefe del SEU de Madrid y se subió a su primer coche oficial, del que ya no se ha apeado: «No, no es normal haber tenido una carrera política tan temprana, yo comprendo que colecciono algunas cosas de no demasiada explicación inicialmente. Por ejemplo, la política se relaciona más con abogados que con ingenieros, aunque creo que mi formación se completó y compensó a través del colegio mayor en el que estuve... Es que a veces uno entra en política como en la vida, es decir,



«¿Están presentables los niños?... Bueno, póngales el pijama a los dos y que vengan. Y péinelos antes»

por derroteros que no hubiera sido en absoluto imaginables.» Y, así, en esa continuidad automovilística, ha llegado a este sillón ministerial tan conflictivo, puesto que ocupa desde julio del 76, cuando a todo esto se le denominaba aún Ministerio de Gobernación.

Ahora dicen que posiblemente deje el cargo para convertirse quizás en secretario general de UCD: «No hay ninguna razón para que lo deje, siempre hay razones, vamos, pero no hay ahora ninguna especial, aparte de que yo insisto mucho en eso que ya sé que a veces a ustedes les ha parecido mal pero que es verdad, yo estoy dimítido siempre, el tema de mi dimisión o de mi posible cese me deja absolutamente tranquilo y

frío, porque desde una perspectiva personal y familiar lo estoy deseando, como comprenderá, y desde una perspectiva política, bueno, pues si se quiere ministro ya lo he sido, y pienso que se pueden ser otras cosas, que no le tengo ningún apego al cargo, vamos.» Y lo cierto es que ahí sigue de ministro, impertérito y sereno, aunque más de una vez se haya pedido su dimisión: «En dos ocasiones me presentaron mociones de censura; una a nivel de Pleno del Congreso, y otra, a nivel de Comisión del Interior; las dos veces la moción no ha salido adelante, y yo diría que tengo por qué estar tranquilo, es decir, una serie de diputados que representaban a unos millones de españoles dijeron que me quedara, otra

serie de diputados representantes de otros millones dijeron que me fuera, otros se abstuvieron, ganaron los que dijeron que me quedara, de modo que...» Y es que Martín Villa se siente mayoría.

Dicen, sin embargo, que palideció al ser nombrado ministro de Gobernación, que él quería la cartera de Trabajo:

—Yo no he querido ninguna cartera.

—Digamos entonces que prefería.

—No, no, yo le voy a contar, ¡si se puede contar todo, mire! Lo que pasa es que en julio del 76 yo no me imaginaba de ministro de Gobierno; hombre, como yo era ministro de Relaciones Sindicales con el primer Gobierno de la Monarquía y había presentado al Consejo de Ministros algunas reformas que afectaban no sólo al mundo sindical, sino al del trabajo, al producirse aquel cambio de Gobierno me imaginaba que a lo mejor una posibilidad mía en aquel momento era la de ser ministro de Trabajo, pero era mera figuración y no preferencia, porque tal como se producen estas cosas no le dan nunca a uno a... no ha lugar a preferencias.

E insiste en afirmar que al verse de ministro del Gobierno no sufrió ni un leve escalofrío, «hombre, me preocupé, fui consciente de que me iba a pasar más o menos lo que me estaba pasando, por lo que no me he llevado demasiadas sorpresas en su conjunto, y eso me da una gran tranquilidad para desarrollar mi tarea», y está convencido de que se le quiere incluso, allá en el fondo: «Por otro lado, aunque a veces pueda parecer que tengo en contra a mucha gente, yo diría también que en ocasiones comprobaré que se produce en el terreno puramente humano y personal una cierta admiración nacida de la consideración, sí, sí, es decir, este señor lo está pasando muy mal, vamos, y por tanto eso de alguna manera da una faz más favorable. Yo creo eso aunque a lo mejor resulta que soy un ingenuo, pero en todo caso esa ingenuidad me ayuda a trabajar con más tranquilidad. En líneas generales, más allá de lo que requiere el oficio, no me siento en una situación de acoso generalizado, y es más, incluso por parte de los grupos parlamentarios, de los propios grupos políticos que formalmente discrepan de mí en cantidad de ocasiones, y lo entiendo perfectamente, yo diría que por parte de ellos veo la adversidad política, pero no la enemistad personal, salvo en muy pocos casos, y muchos de mis adversarios son amigos personales.»

Y quizás pueda pensarse que sus más feroces enemigos vengan de la derecha, de aquellos que le consideran un traidor, que le ven como sindicalista renegado que colabora con el desmantelamiento de sindicatos, como joseantoniano que participa en la anulación del Movimiento, «pero es que la gente no se da cuenta, quizás, o no quiere dársele de que el sistema político de Franco era fundamentalmente Franco, y muerto él como institución el tema caía por su peso».

—Pero ¿le ha retirado algún antiguo amigo el saludo?

—Yo creo que los verdaderos amigos que he tenido los sigo teniendo, además yo soy muy amigo de mis amigos, incluso de mis adversarios políticos si son amigos personales, y yo diría que en ese sentido no he tenido decepción ninguna. Sigo manteniendo relaciones con personas que están en las antípodas de mi actuación política.

—¿Y hacia dónde estarian orientadas esas antípodas?

—Hombre, realmente mis amigos personales de estar en las antípodas de algo están hacia la derecha...

Y es una de las escasas veces que se ríe durante la entrevista, con unas carcajadas apagadas y cansinas, una especie de *cuf-cuf-cuf* que parece tos.

Es muy, muy amable, con una amabilidad neutra y sufrida, como de cura. Y en sus palabras hay un residuo religioso, como cuando habla del deber a cumplir: «A lo mejor lo que voy a decir es de una explicación difícil, pero yo tengo la absoluta, total seguridad de que estoy intentando cumplir con mi deber, de que lo estoy haciendo al máximo de mis posibilidades y mi tiempo, yo diría que no me preocupa mi imagen personal y que por estar en un oficio que toca medularmente a la misma pervivencia del Estado ni siquiera estoy demasiado sometido a la política de partido, y eso me hace ser muy independiente.»

Martín Villa es creyente, por supuesto: «Y bastante practicante, aunque a un nivel elemental. También soy de los que creen en eso que, claro, como se ha repetido tantas veces, quizás ha perdido el valor, que es el llamado espíritu de servicio; y creo en el patriotismo, creo que existe, y perdón, con eso no quiero decir que yo monopolice un determinado espíritu de servicio o un determinado patriotismo, entiendo que la derecha, el centro y la izquierda pueden tener su sentido de espíritu de servicio y de patriotismo, cada uno entiende a España y a la función pública y a la política de distinta manera. Pero lo que yo creo exigible es que todos tengamos una idea sobre ese tema y que actuemos de acuerdo con ella. Yo creo tenerla y además bastante clara y la aplico todos los días. Con lo cual no quiero decir que la mía sea la verdadera, pero me sirve a mí.» Incluso se ha hablado de sus posibles contactos con el Opus, ya que en el 66, siendo delegado de la Organización Sindical en Barcelona, López Bravo, entonces ministro de Industria, le nombró director general de Industrias Textiles, Alimentarias y Diversas.

—La verdad es que cuando fui nombrado director general por López Bravo había visto al ministro un par de veces, en situaciones muy claras las dos. Una fue cuando él presidía con el ministro de Educación la entrega de títulos de mi escuela. La escuela acababa en febrero, yo me casé en julio, en marzo me hicieron jefe nacional del SEU, y la entrega de títulos se hizo al año siguiente, de modo que yo ya era procurador en Cortes, jefe nacional, etcétera. Total que, en el momento en que iba a recoger el título, se produjo un pequeño revuelo ante una persona que no era lo habitual en la promoción, desde ciertos aplausos a mirarse la gente, y esa fue la primera vez que saludé a López Bravo, él me dijo, ¡ah!, es usted el jefe nacional del SEU, esas cosas. La segunda vez que le vi creo que fue siendo yo presidente del Sindicato del Papel, no me acuerdo para qué, un trámite de trabajo. Y no volví a encontrarme solo hasta el día en que me llama por teléfono a Barcelona y me pregunta si voy a ir por Madrid, «pues sí, mire, pensaba ir la semana que viene», «bueno», me contestó, «pásele por aquí que quiero verle», pues muy bien... Y ese fue el día que me propuso el cargo. Esa es la verdad. Hombre, lógicamente en aquel momento un director general de Industria con López Bravo tenía que sufrir un poco la sospecha, la presunción de que tenía que ser del Opus, presunción con la que yo entré en el Ministerio de Industria, ya que di por bueno que allí todos menos yo eran del Opus, o sea que... Que eso quede perfectamente claro. Luego



“Soy bastante abierto, diría que muy abierto..., en el terreno de las ideas, y bastante restricto en el terreno del orden.”

comprobé que sólo lo eran algunos, los menos, no sé si el ministro y otro más, solamente.

—Pero ese espíritu de servicio al que usted antes se ha referido, ¿no tiene ciertos ecos muy de Opus?

—Yo diría que no. He tenido algún contacto con gente del Opus, en pocas ocasiones, incluso hasta he coincidido con ellos en esas cosas de hacer ejercicios espirituales o conferencias cuaresmales y tal, dicho sea de paso llevo ya mucho tiempo sin hacer estas cosas ni con ellos ni con nadie, porque esta casa es un lio, pero, en fin, yo diría que estoy poco influido por el Opus. No es mi forma de entender la vida, ni siquiera la vida religiosa, dicho esto desde el más absoluto respeto y desde una enorme amistad con alguno personalmente y yo diría que incluso desde la admiración de lo que supone la iniciativa Opus, porque la verdad es que para un católico español es hoy una de las pocas ventanillas que permanecen abiertas, y eso hay que reconocérselo...

Del 69 al 73 Martín Villa fue secretario general de Sindicatos. En el 73, presidente del Banco de Crédito Industrial. En el 74, gobernador civil de Barcelona. Y en el 75, al fin, ministro. Su trayectoria, contemplada sobre datos, parece impulsada por una hábil ambición, pero él dice que «la ambición política no me parece mal, pero creo que no sirve para caracterizarme. Creo que las más de las veces he sido cosas que no hubiera imaginado, hombre, me he podido imaginar después de bastante tiempo de trabajo en el mundo sindical llegar a ser ministro de Relaciones Sindicales, y por mi vinculación a Barcelona he podido imaginarme e incluso desear ser gobernador civil. Pero todo lo demás no me lo imaginaba».

Tiene una mesa en forma de herradura sor-

prendentemente limpia de teléfonos: los aparatos están debajo del tablero, en los intestinos de la mesa, son teléfonos directos, neurálgicos y secretos que no pueden quizás estar a mano de cualquiera. Al comienzo de la entrevista, el ministro dijo que no le pasaran ninguna llamada: su voz tenía el tono preciso y frío de quien está acostumbrado a ordenar. Y, sin embargo, Martín Villa dice que «aunque lógicamente en cualquier órgano colegiado se producen roces en el trato interpersonal, quisiera decir que normalmente yo no he tenido apenas discusiones con mis compañeros de Gobierno, suelo atemperarme a las necesidades que plantea el gobierno de conjunto, y además, a título personal, no deliberadamente, pero me sale con cierta facilidad, suele suceder que la gente me cae bien, lo cual creo que es el mejor de los sistemas para que el reciproco sea también cierto. Digo a nivel de trato personal, ya comprendo que el ministro del Interior tiene otros problemas». Y es que Martín Villa se considera un liberal, «yo estudié con los agustinos, y son una gente muy elemental, si se quiere, pero muy liberal, y eso creo que me ha influido. Yo no me atrevería a calificarme a mí mismo de demócrata de toda la vida, porque sabe Dios qué cosas se dirían, pero, sin embargo, me atrevería a calificarme como hombre con una mentalidad bastante liberal. Y al decir esto me estoy analizando más en cuanto al talante personal, en las relaciones sociales, amistosas, familiares, no hablo de la actividad política. En cuanto a lo personal yo siempre he sentido mucho respeto por las opiniones de los demás y eso es lo que yo entiendo por liberal, creo que es un talante agustiniano».

Talante liberal que, en cualquier caso, debe entrar en conflicto con su sentido del orden, que es hombre en lo político *duro* y ha dicho cosas como «puede ser discutible y es bueno que se discuta la forma en que los políticos llegan al poder, como es mi caso. Pero una vez constituidos en esa responsabilidad deben de no dejarse llevar por esa sensación de que hay que hacerse perdonar el ejercicio de la autoridad. En fin, que gobernar no es pecado» (1-6-74) o «todo es negociable menos el orden público», esa frase con la que respondió a los afanes reivindicativos de los obreros de la SEAT. Hoy, al repetirle las frases, cabcea en señal de asentimiento y las confirma «sigo con ello, sigo con ello».

—Concretamente, yo le diría que soy bastante abierto, diría que muy abierto, más de lo que la experiencia en esta casa puede dejar ver, en el terreno de las ideas, y bastante, digamos, restricto, en el terreno del orden. Y lo mismo, soy digamos más avanzado en el terreno de lo social que en el de lo político, influido en esto último por mi propio pensamiento y también quizás por mi oficio.

Lo social quiere decir política social —«ahí es donde soy avanzado, mejor dicho, más avanzado que en lo político, precisemos, que luego es un follón»— y no otras conquistas sociales, que el aborto, el divorcio y todo eso le pilla «mas conservador», por supuesto. Y maneja sus más y sus menos relativos con infinita cautela y una especie de resignado fatalismo ante las críticas. Se considera, en suma, hombre de centro, «sin que esto sea hacer propaganda de UCD», y hombre fiel a Suárez ante todo, «evidentemente soy fiel a Suárez, no sabría ser de otra forma, si no, no estaría aquí; el primer día de infidelidad yo dejaría de ser ministro de Gobierno, eso tóngalo seguro, y esto de la fidelidad no quiere decir acomodación a todo lo que dice el presidente. No sé cómo discurren los despachos par-

ticulares del resto de los ministros, pero yo le discuto mucho al presidente, ese es otro tema, pero le soy absolutamente fiel, en mi oficio están muchas cosas en juego y no puede uno actuar alegremente, fíjese lo gordo que podría suceder si el ministro del Interior no le fuera fiel al presidente de Gobierno». Con Suárez, junto a él, Martín Villa siente la satisfacción de haber protagonizado la reforma y con talante voluntarista un poco a lo *boy-scout* de lo político, añade: «Yo soy partidario de un proceso de reforma desde la legalidad y paso a paso y consolidando, es decir, es muy difícil que pese a los problemas que tengo aquí pase un solo día sin que me invente una preocupación nueva, seguramente no se me ocurren preocupaciones revolucionarias, pero todos los días se me ocurren cosas que he de cambiar y reformar en el campo de la administración local, del orden público, del gobierno provincial. De alguna manera eso puede ser lo que me defina personal y políticamente.»

En realidad, lo más sorprendente quizás de Martín Villa sea el hecho de que lo supera todo, que siendo director general de Industrias Textiles sucedió lo de Matesa, y aunque era una empresa de maquinaria y no textil, el asunto le pilló de cerca porque en aquel entonces también era consejero del Banco Industrial de Crédito, implicado en el caso. Y, sin embargo, Matesa no le rozó, «en un suceso de este estilo lo mejor es que no le cojan a uno en medio», como tampoco pareció desmerecer su carrera el hecho de que siendo gobernador civil de Barcelona fusilaran a *Txiki* en sus bosques de Serdanyola.

—Hombre, el fusilamiento de *Txiki*, porque sucedió en Barcelona, pero no tuvo que ver ni de lejos con el gobernador civil... Aunque, eso sí, si llega a tener que ver, pues a lo mejor...

—Pero usted era el representante del Gobierno.

—Bueno, eso sí, claro, y además hubo un artículo de un compañero suyo catalán (no me acuerdo quién lo escribió para un periódico portugués) que me impresionó mucho, decía algo así como que qué grave el destino de esta familia, que si se llega a quedar en Extremadura (porque eran extremeños, como sabe) a lo mejor hubiera resultado que sus hijos eran guardias civiles... Por eso, cuando se analiza desde un punto de vista excesivamente elemental el tema del orden público en el País Vasco quizás no se tiene en cuenta que partimos de unos hechos que son enormemente complicados.

Y ha superado Martín Villa, imbatible, a los *grapos* y a la matanza de Atocha, y el caso Blanco, y Pamplona, y Rentería. Y es capaz de dormir cada noche fácilmente; «esa es mi salvación, el día que por alguna razón no duermo mis siete horas estoy hecho polvo». Y, sin embargo, el Ministerio del Interior es vértice de muertes y de odios. Sobre uno de los ceníceros de la mesa —que él no usa, puesto que no fuma— hay una bola de piedra, perfectamente esférica, casi del tamaño de una pelota de tenis. Sobre ella se lee en rotulador verde: «Recogida en Bilbao»; es un proyectil lanzado a los guardias.

—Me la dieron hace una semana o así y se quedó ahí.

—¿Y por qué la guarda usted? ¿Como amuleto, como recordatorio?

—No, la guardo porque es impresionante, ¿no?, al menos a mí me impresiona mucho.

Y ahí está la bola, pasando de ceníceros en ceníceros para dejar lugar a las colillas de los visitantes; *souvenir* siniestro del que quizás Martín Villa extraiga consecuencias didácticas y de apoyo a su sentido del orden. Lo cierto es

que Martín Villa puede catalizar odios por su cargo, aunque «le aseguro que mi familia está de lo más lejano a este tipo de cosas y yo... con esto no quiero presumir de valiente, que a lo mejor no lo soy, pero le aseguro que no tengo demasiada sensibilidad de riesgo, por no decir ninguna. Claro que una cosa es que uno no sea muy sensible y otra que sea un insensato. Mire, una de las cosas por las que yo me sentiría enormemente libre y que casi me hace desear mi cese es prescindir de toda esa gente que me vigila, que son estupendos, pero quisiera recobrar la libertad. Antes era muy libre, incluso en Barcelona, allí era bastante libre y salía con mi mujer y paseaba por las Ramblas. Pero llevo tres años que no he salido solo más que en dos ocasiones que me he escapado».

—Y si deja el cargo y le quitan la protección, ¿no tendrá miedo?

—Dios proveerá y en todo caso supongo que mi sucesor me dará la protección que él crea oportuna, la responsabilidad será de él, no mía, como yo lo hago respecto a mis antecesores.

Por razones de seguridad y de trabajo ha dejado su piso en el paseo de La Habana y ahora vive aquí, en Castellana, 5, en el mismo palacio del Ministerio, con su mujer y sus dos hijos, Gonzalo, de seis años, y Rodolfo, de nueve. Sobre la mesa hay una foto a todo color de la familia, los niños y Maripi, sonriente y rubia. Fue ella la que le obligó a estudiar oposiciones: «Mi mujer se ha opuesto siempre a que yo haga política, desde su posición de mujer, lógicamente, quería que tuviera algo seguro. De modo que llegamos a un acuerdo: si yo sacaba oposiciones en Hacienda me dejaría seguir en la política, y eso hicimos, yo saqué las oposiciones ya mayor, casado y todo. Dese cuenta de que ella es de Soria y yo de León; en nuestras tierras lo bueno es tener una carrera, y si encima has sacado oposiciones, eso es ya lo mejor de lo mejor».

—¿Y por qué dice usted desde la posición de la mujer?

—Sí, porque creo que la mujer tiene una misión muy importante, sobre todo desde unas circunstancias como las mías, y es que tiene que cuidar más la seguridad de la familia.

La conversación es relajada, la moqueta mullida, el despacho tiene un aire ejecutivo y distanciado, pero en este momento suena un timbre de teléfono por algún recoveco subterráneo de la mesa («una línea directa?») y Martín Villa descuelga y escucha con expresión neutra e impenetrable, en su voz no hay ningún cambio: «Dime... si... vaya por Dios... ya, ya, ya... y le han matado... vale, vale, vale... y era un comerciante... *parabellum*... ya... si... hasta luego.» Descuelga otro teléfono: «¿Está el presidente? Sí... Dígale que han matado a un comerciante en Vitoria... que no se sabe nada todavía, que puede no ser la ETA... Aunque los indicios... Muy bien.» Cuelga y en su rostro se pinta una expresión preocupada, es un poco esa cara algo tensa y solemne que se pone en los funerales.

—¿Por qué sigue usted aquí?

—Habría que analizar las sucesivas etapas del proceso político último. La primera, la de la ley para la Reforma Política, era una etapa que había que concluir. Comprenda que desde la pretensión de una imagen política a mí me hubiera sido rentable salir en aquel momento. De alguna manera la situación no era tan criticada en el campo del orden público como lo es ahora; había habido algunos éxitos espectaculares, que podían haber sido fracasos espectaculares, pero fueron éxitos; en aquellos momentos los asesi-

natos de la ETA, aunque importantes, no estaban al nivel numérico de ahora; se había hecho la reforma política, y es evidente que el ministro de la Gobernación, no por ser yo, sino por ser ministro de la Gobernación, había sido una pieza fundamental en aquella tarea, de modo que marcharme el día 5 de julio del 77 me hubiera venido enormemente bien, desde la rentabilidad y la buena imagen política. Hombre, y yo tuve esa tentación, y se lo planteé en una ocasión al presidente. Y lo que pasa es que comprendí que iniciábamos otra etapa que tenía que culminar en la Constitución y se entendía que a lo mejor no era aconsejable hacer ensayos en este ministerio. Y siempre está uno en definitiva un poco cogido con la etapa subsiguiente.

Y si, seguramente cree estar cumpliendo su deber, puesto que de otro modo su supervivencia sería difficilmente posible. Aquí está ahora Martín Villa, tanqueta resistente, eficaz y fiel que no pretende eclipsar brillos ajenos, que sus ambiciones han sido escalonadas y discretas, desde la beca sindical hasta este sillón del Ministerio que es su triunfo, «desde el punto de vista político, si se puede hablar de realización, me considero completamente realizado, es decir, que mis aspiraciones no van más allá. Mientras le retratan («mi mujer dice que cuando me fotografian de frente salgo gordo». «Ah, ¿entonces le preocupa lo que pensarán los demás?» «No, me preocupa lo que pensará mi mujer») y a instancia nuestra telefonea a sus hijos para que vengan a hacerse fotos («¿Están presentables los niños?... Bueno, póngales el pijama a los dos y que vengan. Y péinelos antes») y mientras se espera su llegada vuelve a sonar el teléfono con el aviso de una nueva muerte en Pasajes. En ese momento entran los niños enfundados en sus pijamas verdes, juguetones, desternillados de la risa, y mientras su padre sigue auricular en mano, ellos corretean por el severo despacho con la tranquilidad de quienes están acostumbrados a pisar esta habitación. Y tan sólo sus discretísimos susurros y sus risas en sordina —no hacen ni un ruido— revela que saben bien las reglas del juego ministerial, en esa ingenua cotidianidad con la muerte.

En la pared, enmarcada y en sitio de honor, está una de las caricaturas que le ha hecho Peridis —Martín Villa con porra y casco— y se dice que el ministro ha hecho colección de ellas y que dejó de recortarlas justamente cuando Peridis empezó a meterle en un puchero; «no, no, qué va, si me hace mucha gracia», dice él; además, ya se sabe que falsear resultados es imposible con la ley electoral actual, y por otra parte, «hasta, si se quiere, aquellas críticas del puchero son críticas positivas en este país». Por último, añade que no se considera irreemplazable:

—Podría ofrecer dos o tres personas que me sustituirían con enormes ventajas para el Gobierno, para UCD y el país. Y yo como ciudadano dormiría mucho más tranquilo con ellos que conmigo mismo.

Y ahí queda Martín Villa, encerrado en su despacho de teléfonos mortales, esa jaula de oro de la que dice estar cansado, pero también satisfecho. Y es que Martín Villa no es el triunfador: es el esforzado silencioso, y quizás su ídolo secreto sea ese pastorcito con doce hermanos y padres paralíticos que al dejar las ovejas estudiaba oposiciones a banca a la luz de un mortecino candil y bajo un cromo coloreado del Santísimo. Es la fábula del niño de la Operación Plus Ultra que se convierte en ministro. ■